



Revista de Relaciones Internacionales,  
Estrategia y Seguridad

ISSN: 1909-3063

cinuv.relinternal@unimilitar.edu.co

Universidad Militar Nueva Granada  
Colombia

PONENCIA PRESENTADA POR EL DOCTOR SHLOMO BEN AMI, EN LA UNIVERSIDAD MILITAR  
EL DÍA 21 DE ABRIL DE 2009. (Documento Original). Dilemas Entre Principios e Intereses  
Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad, vol. 4, núm. 1, enero-junio, 2009, pp.  
211-225

Universidad Militar Nueva Granada  
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=92712970013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

**PONENCIA PRESENTADA POR EL DOCTOR SHLOMO BEN AMI,  
EN LA UNIVERSIDAD MILITAR EL DÍA 21 DE ABRIL DE 2009.**

(Documento Original)

**Dilemas Entre Principios e Intereses**

En una famosa frase la del estadista británico que decía que Gran Bretaña no tenía amigos, solo intereses. Los intereses han sido desde luego el motor de las relaciones internacionales a través de la historia. ¿Significa esto que los principios han sido siempre traicionados a favor de los intereses?. No necesariamente. Frecuentemente se ha tratado de reconciliar principios con intereses. Pero también hemos visto, y con mucha frecuencia, el uso cínico de los principios para encubrir políticas de poder y de intereses imperiales u otros. Viene al caso el constante dilema del papel global de los EEUU.

A los cínicos les costara creerlo, pero EEUU ha sido desde sus inicios una nación con un sentido de misión, una tierra bendecida por Dios cuyos padres fundadores la cuajaron en torno a valores bíblicos y un sentido protestante de la historia como una interminable marcha hacia el progreso. Decía el escritor inglés Chesterton que EEUU es un país con el alma de una iglesia. Oír hablar a un presidente norteamericano, sea demócrata o republicano, suena siempre al mensaje del pastor impulsado por una misión de salvación. El americano es «El inocente en el extranjero» de Mark Twain que atraviesa el viejo mundo decadente con la misión de reformarle en torno a la idea de la libertad y el progreso.

Principios e intereses se entrelazan en un caso muy peculiar en las relaciones exteriores de EEUU con Israel. Ahí tenemos una historia única de amistad y partenariado estratégico que es muy fácil definir como el resultado de la presión de poderosos lobbies o como consecuencia de intereses crudos. Ambos existen, y durante la Guerra Fría Israel ha sido vital para la consolidación de la hegemonía estadounidense a costa de los soviéticos en Oriente Próximo. Pero, la resonancia especial que tiene Israel en los EEUU es de tal magnitud que nos invita a verla también como respuesta a lo que me atrevería a definir como un Sionismo gentil, mas Cristiano que Judío, y que responde a una afinidad moral en torno a valores compartidos. En sus mejores tiempos Israel era para los americanos el recuerdo de sus inicios como una sociedad de inmigrantes, pioneros que se afincaron en tierras hostiles y crearon sociedades en torno a valores bíblicos siempre abriendo horizontes de progreso.

En distintas encrucijadas, tenían los EEUU mas de una razón de abandonar Israel, pues el precio de la alianza se hacia prohibitivo. ¿Qué duda cabe que si se tratara de simples intereses, el abandono de Israel a favor de una alianza con el poderoso mundo árabe y sus reservas de petróleo, seria lo lógico? Pues es exactamente lo que hizo el Presidente De Gaulle en 1967: abandono a su aliado israelí, y se lanzo a una alianza férrea con el mundo árabe, imponiendo al mismo tiempo un embargo militar contra el Estado Judío que persiste hasta estos días. La resonancia única que tiene el fenómeno israelí en EEUU y el compromiso moral con el Estado de los supervivientes de las masacres en Europa y la discriminación en el mundo árabe son la única explicación posible de la alianza no escrita entre un país, EEUU, cuyo ethos es el de un optimismo irresistible, y otro, Israel, cuyo hilo conductor es el del pesimismo fatalista, casi apocalíptico, herencia de la difícil historia Judía a través de los siglos.

Pero, valores y principios pueden ser manipulados en el servicio de intereses. Ahí esta el caso de la Guerra de Vietnam, y de la reciente guerra de Iraq. En ambos casos se manipularon principios de lucha por la democracia y la libertad en aras de intereses económicos y geoestratégicos. Eso no quiere decir que presidentes como Kennedy y Johnson en Vietnam no creían en los valores de la libertad, o que George W. Bush era un cínico que no creía en la democracia que pretendía imponer en Iraq y a través de todo el mundo árabe. De hecho, Bush era probablemente el mayor misionario que jamás haya ocupado la Casa Blanca. Pero, a pesar de que tardo, entendió al final que la democracia no es un producto exportable, y menos aun sobre las alas de F-16, e Iraq volvió a ser lo que siempre fue, un enorme poso de petróleo, y una base estratégica para los EEUU, vital para la defensa y protección de las dinastías árabes del Golfo, todas aliadas de los EEUU.

El fracaso americano fue el resultado directo de subordinar la realidad a principios abstractos. Estados Unidos ha entrado, a través de la filosofía neoconservadora en una etapa que, mutatis mutandis, recuerda a la Unión Soviética en sus etapas revolucionarias, pues América pretendía ahora promover también una revolución mundial, sólo que esta vez se trataba de una revolución capitalista-democrática.

Lo que está claro después de la triste experiencia de Irak, donde las dificultades surgieron no de las deficiencias del poder militar norteamericano, sino de su falta de legitimidad, o mas bien de su

divorcio de principios de orden internacional, es que no nos podemos permitir el lujo de dejar en manos de una sola potencia el monopolio para definir qué es lo que justifica una guerra.

Así es que en el caso de Irak, volvieron los europeos al terreno Westfaliano, a la defensa del principio de soberanía, incluso cuando se trata de un régimen que ha perpetrado graves atrocidades contra sus vecinos y su propio pueblo, como el de Saddam Hussein. De hecho, el argumento europeo llegó a ser el de que la verdadera amenaza a la paz mundial no es Sadam Hussein, sino el presidente Bush y los Estados Unidos.

Persiste pues la necesidad de una definición precisa y consensuada del principio de la legitimidad. ¿Seguirán Westfalia y Hugo Grotius, los fundadores de la centralidad de la igualdad soberana entre los Estados, guiándonos incluso frente a dos amenazas existenciales de la magnitud del terrorismo internacional y las armas de destrucción masiva, especialmente cuando las últimas pueden caer en manos de los Bin Laden del planeta?

En efecto, se trata de un dilema práctico; se trata de definir principios de legitimidad post-Westfaliana cuando sólo existe una superpotencia capaz de atacar en todos los rincones del planeta e invadir Estados canalla. Se trata de una fórmula para frenar el poder americano y su tendencia a aspirar a ser quien decida de forma exclusiva los límites morales y estratégicos del intervencionismo militar. La buena noticia es que la triste y sangrienta experiencia iraquí dio al traste con la estrategia preventiva anunciada por el Presidente Bush en vísperas y, como justificación, de la invasión de Irak. En Irak quedó inaugurada y enterrada a la vez la estrategia preventiva. El precio, tanto en vidas humanas como en esfuerzo económico, pagado por América en su hazaña iraquí, la falacia de que sería posible implantar una democracia en un país musulmán tradicionalmente fragmentado por profundas rivalidades étnicas y religiosas sobre las alas de escuadrones de F16, y el desbarajuste del sistema internacional producido por la guerra de Irak, convierten la eventualidad de otra guerra preventiva en una posibilidad realmente remota. El peligro de «overstretching» ha sido el mayor enemigo de todo imperio a través de la historia. Es también un enemigo para los Estados Unidos.

Al final, el concepto Bushista de la lucha contra el mal absoluto es un maniqueísmo insostenible. No por ser radicales e ideológicamente comprometidos, los miembros del eje del mal son necesariamente irracionales. La decisión de Gadafi de abandonar sus proyectos nucleares es una prueba más de que líderes de Estados-canalla son capaces de tomar decisiones racionales. Gadafi, es vital comprenderlo, tomó la decisión de reincorporarse a la Comunidad internacional por puro racionalismo. Racional y posibilista, y desde luego nada anclada en principios inamovibles fue también la decisión iraní en 2003 de proponer al amenazante imperio norteamericano una generosa propuesta de paz que éste rechazó. Y también, racional fue la decisión de Saddam Hussein de eliminar sus propias armas de destrucción masiva para evitar las sanciones contra su país y de no admitir que ya no tenía armas de destrucción masiva, puesto que necesitaba seguir manteniendo un poder de disuasión contra sus enemigos iraníes. Lo mismo, el chantaje nuclear de Korea del Norte como la única forma de conseguir ayudas internacionales y evitar un ataque norteamericano.

Y es allí, en su relación con Estados-canalla dónde falló la estrategia norteamericana. Su incapacidad de entablar un diálogo con Siria e Irán (y con Irak antes de lanzarse al ataque) y ofrecerles contrapartidas vitales fue la razón principal por la que no se avanzó con estos dos países para sacarles del Eje del Mal. Existía aquí una verdadera oportunidad de un cambio político-estratégico en Oriente Medio, de largo alcance, que la Administración Bush, por su empeño ideológico, fue incapaz de explotar.

En la cuestión del conflicto con Irán, la administración Bush se empeñó en refugiarse en los principios a expensas del concepto de realpolitik. Pues en el 2003, cuando los ejércitos americanos tenían Afganistán bajo su control y acababan de invadir Iraq y desmantelar el régimen de Saddam Hussein, cundió el pánico en el seno de las elites

iraníes, y estas propusieron a EEUU un Gran Negocio (Grand Bargain), negociaciones de paz en las que se resolverían todos los temas pendientes entre los dos países : la cuestión nuclear, el apoyo iraní al terrorismo internacional, su alianza con Hamas y con Hizballah, y su política obstruccionista del proceso de paz israelí-palestino. Irán, fue pues la que estaba dispuesta a sacrificar sus principios para acomodarse a la realidad del poder americano. Pero, religiosamente fanáticos los líderes de la Casa Blanca respondieron a través del vice-presidente Cheney: «Nosotros no negociamos con el mal» ( We do not negotiate with evil»). Mantuvieron sus principios de rechazo del eje del mal. Perdieron así la oportunidad, ahora irrecuperable, de frenar las ambiciones nucleares de Irán.

La política exterior no es susceptible de imposiciones ideológicas. Ahí residía la gran diferencia entre Stalin e Hitler, y la razón del éxito del primero frente al fracaso del último. Hitler se estrelló precisamente porque sus ambiciones internacionales eran el reflejo auténtico de una ideología rígida. Cuando esto es así, el líder está condenado a perder el sentido de la relación entre objetivos y la capacidad real de conseguirlos. El que Stalin haya ganado la guerra y conquistado los países del Este de Europa fue el resultado de su actitud pragmática, de su capacidad de crear alianzas ad-hoc, y del hecho de que en ningún momento se trataba para él de exportar la ideología comunista.

Mutatis Mutandis, es en la obsesión ideológica donde reside la razón del fracaso de la Administración Bush. A pesar de la evidente e innegable crisis americana actual, yo no aconsejaría asumir que el declive de los EEUU es irreversible. Se trata de una sociedad con una admirable capacidad de recuperación. Es la forma suicida de gobernar y una política exterior marcadamente ideológica lo que ha llevado a EEUU a esta pérdida de posiciones y de plataforma moral. Si EEUU quiere seguir manteniendo su status como paladín de la democracia y líder del mundo libre es necesario que asuma que ni es omnipotente ni tampoco lo sabe todo. Tiene que asumir que no es capaz de corregir todos los males del mundo, y que no existe una solución americana a todos los problemas del planeta. En definitiva se trata de atenuar el idealismo Wilsoniano que impregna la política exterior americana y su empuje misionario, o más bien adaptarlo a la nueva realidad internacional. Es vital para EEUU y su estatus de superpotencia desarrollar una política exterior no ideológica. «Poner fin a la tiranía en el mundo» puede ser un objetivo loable, pero no la plataforma de una política exterior. El propio Fukuyama, un neoconservador arrepentido, argumentaba recientemente

que «el excepcionalismo es algo que requiere un nivel extremadamente elevado de competencia que ya no existe»

El poder americano es innegable, pero es la ambición de ejercerlo lo que despierta la ira del mundo. Las principales democracias del mundo son todas sociedades avanzadas, y en algunos campos (seguridad social, por ejemplo) más que EEUU. Están dispuestos a colaborar con América, pero no a ser sus subordinados. Igualmente, a aceptar el liderazgo americano, pero no su obsesión por dominar. Y eso es lo que se espera de EEUU, que lidere sin dominar.

Hay que reconocer también que los intentos americanos de desregular la economía internacional y de promover la globalización – el famoso consenso de Washington – resultaron en un desbarajuste y una inestabilidad político-económica mayor de la que el mundo ha conocido desde la Segunda Guerra Mundial. Tal es la hecatombe que EEUU ha sido ahora la primera en sacrificar los principios sagrados de la doctrina neo-liberal a favor de un intervencionismo brutal, y de una nacionalización casi-marxista.

Grandes líderes requieren un mínimo sentido de la Historia y sus ironías. La historia no garantiza una seguridad permanente a las naciones y, cuando parece haber ofrecido a una nación un dominio hegemónico, es solo para retirárselo algo más tarde, y a veces de forma desagradable. Los EEUU han tenido la suerte de gozar durante un largo tiempo de un aislamiento brillante. La convicción de los americanos del Siglo 18 y 19 que el país estaba protegido del destino de los demás ha llevado en el Siglo 21 a la determinación de «combatir hasta la victoria», Bush dixit, incluso contra las condiciones históricas objetivas.

Fue el insigne economista liberal Schumpeter, quien escribió en 1919 que el imperialismo implica «una agresividad cuyas razones verdaderas no se encuentran en los objetivos declarados; se trata de una agresividad por el amor a la agresividad, que se traduce en términos como «hegemonía», «dominio del mundo» etc..La expansión por el placer de la expansión es su propio objetivo».

Desgraciadamente, este análisis de Schumpeter es aplicable al caso americano, con especial relevancia a la administración del Presidente Bush. Al transformar una ideología de progreso y de liderazgo mundial en la justificación moral de una política que no es más que una simple expansión de poder, EEUU fue más allá de la creencia en un excepcionalismo nacional. Eso es entrar en una lógica histórica que en el pasado acaba siempre en tragedia.

La Historia es la mejor defensa contra ilusiones de omnipotencia. Ella nos recordará siempre las limitaciones de nuestras perspectivas pasajeras. De la Historia tenemos que sacar la lección que es siempre necesario resistir la tentación de convertir lo que es un interés en categoría moral absoluta. Una nación que sea capaz de entender las ironías de la Historia estará siempre mejor preparada de vivir con las tentaciones y las tragedias del poder.

No sólo, como individuos sino también como naciones actuamos a veces de una forma estúpida. Fue la estupidez de los líderes norteamericanos, y de hecho de la propia cultura política de los EEUU, que les llevo hace 30 años a una derrota militar en una guerra innecesaria contra un país, Vietnam, del cual los americanos poco o nada sabían, y en el cual no se jugaban ningún interés nacional real. Vietnam era posiblemente un mal necesario, pero repetir el mismo experimento ahora en Iraq 30 años después no puede ser mas que un fuerte argumento a favor de la tesis de que la estupidez nacional es un factor esencial del devenir histórico.

De hecho, ya antes de la llegada de Obama, el nuevo hombre misso a deo, llegaron los Estados Unidos al límite de sus posibilidades en su estrategia de valores y principios absolutos. El propio Bush entendió que había llegado a los límites del unilateralismo norteamericano y la filosofía de la guerra preventiva. Quedaba ya claro que América no podía mantener por largo tiempo un consenso interno en torno al envío de sus soldados a todos los confines del mundo para cambiar regímenes por doquier. La economía deficitaria americana, puede desde luego resistir mayores esfuerzos internacionales, pero carecerá de legitimidad interna sin la cual gobiernos democráticos no pueden funcionar. De hecho, hemos visto como el Presidente Bush frenaba su empuje contra Corea e Irán y ya no hablaba de cambio de régimen en estos países; y de hecho abrió negociaciones con Corea, y estableció relaciones mejoradas con China.

El Presidente Obama lo ha sabido asumir: principios no andan sueltos, hay que anclarlos en realidades ineludibles, es necesario contextualizarles, y la prueba está en su decisión de intentar atraer al régimen iraní al espacio del diálogo diplomático sin condiciones previas. Su antecesor propuso el más anti-diplomático de los conceptos: paren el enriquecimiento del Uranio, y hablaremos – a propósito, al igual que la condición impuesta a Hamas, reconozcan a Israel y hablaremos – cuando el fin del programa nuclear iraní se supone que debía ser el resultado de las negociaciones, al igual que el reconocimiento de Israel por Hamas puede que sea la consecuencia de las negociaciones, pero no su pre-condición. La política, tanto nacional como internacional, no es el espacio al cual se viene para imponer verdades eternas o dogmas religiosos; la política es más bien el espacio de lo posible y de lo negociable.

Es esa atenuación del empuje ideológico en la política exterior a favor del realismo lo que abre hoy ventanas de esperanza a la comunidad internacional. Los postulados diplomáticos – y quien dice diplomacia dice reconciliación entre principios y posibilidades - del Presidente Obama abren una nueva era de oportunidades para la humanidad. Por un tiempo pasaremos de la machtpolitik del Presidente Bush a lo que Hilary Clinton acaba de definir como «diplomacia robusta y desarrollo eficaz como las mejores herramientas para asegurar el futuro de América». «Nada que no sea - añadió la nueva Secretaria de Estado-un persistente esfuerzo diplomático, podrá producir una paz duradera en ningún rincón del mundo». El programa nuclear iraní sigue su ritmo galopante, y escenarios apocalípticos se están dibujando en el panorama del Medio Oriente. No es descartable un ataque israelí contra las instalaciones iraníes, lo que desencadenaría una crisis global de tal envergadura que convertiría al 11-S en objeto de nostalgia romántica. El camino diplomático propuesto

por Obama es preferible, incluso si fracasa, porque sólo así se dará la legitimidad necesaria para pasar a otros medios más violentos.

De todos modos, Obama no tardara en reconocer que la clave para frenar el programa nuclear iraní está en manos de Rusia y China que siguen absteniéndose de presionar a Teherán, y sólo la diplomacia podrá llevarles a una mayor colaboración con la comunidad internacional en este tema. Rusia es hoy un poder insatisfecho y humillado, Kissinger lo definiría como un Estado revolucionario, y eso precisamente por su rechazo a los acuerdos estratégicos que surgieron de la Guerra Fría. Su pasividad en lo que se refiere a la cuestión iraní es la forma de los rusos de presionar a Estados Unidos a favor de una revisión de aquellos acuerdos. Si Estados Unidos quiere crear un frente unido en la cuestión iraní no tendrá más remedio pues, que usar las herramientas diplomáticas no sólo con Irán sino también con Rusia. La humillación de este gigante herido al obligarle tragar acuerdos estratégicos desfavorables y al desafiarle con escudos de misiles en Europa del Este y con el acercamiento de la OTAN hasta los umbrales de la patria rusa tendrá ahora que ser desplazada por una política de dialogo que respete lo que es vital para los intereses de Rusia.

George W. Bush no fue un accidente histórico, pues como es bien sabido, el mundo se ha regido a lo largo de los siglos más por normas Hobbessianas y por instintos marciales que por el espíritu de Venus. La historia nos ha enseñado con demasiada frecuencia que la diplomacia produce resultados sólo cuando está respaldada por la fuerza. La lista de premios Nobel de la Paz está llena de hombres de guerra – se me ocurren en este momento cuatro nombres, Theodor Roosevelt que abogó más que nadie por el expansionismo estadounidense, Menahem Begin, Anuar Sadat, y Henry Kissinger - halcones que llegaron a asumir los límites de lo que la fuerza puede conseguir, pero al mismo tiempo siguieron la norma de Clausewitz de que la guerra no es un principio de vida, pero si con frecuencia un vehículo para la resolución de un conflicto, o dicho de otra manera, la continuidad de la política –y la diplomacia- por otros medios.

Así también ocurre en los escenarios de guerras civiles o étnicas en las que sólo cuando se produce un bloqueo igualmente perjudicial para las dos partes en el conflicto, esto es, un bloqueo suficientemente doloroso para ambos que les conduce finalmente a una solución de compromiso, sólo entonces se puede pasar a una fase diplomática, a una paz basada no en principios absolutos sino en arreglos y compromisos posibles. La historia nos enseña que de no existir tal bloqueo, ni resoluciones de la ONU, ni giras diplomáticas, ni mediaciones prematuras pueden detener la dinámica bélica. Es entonces cuando fórmulas de distribución de poder (el caso de Irlanda del Norte, Líbano, Guatemala o Irak), autonomía étnica o un sistema federal, aparecen como la salvación para ambas partes, como la mejor alternativa al «bloqueo de daño mutuo».

Desde luego, es incómodo e incluso trágico tener que reconocer que el derramamiento de sangre, más que la negociación, es la antesala de los acuerdos tanto en guerras civiles como en conflictos internacionales. Si no hubiese sido por la Guerra de Yom Kippur no se habría llegado a una paz israelí-egipcia; y la Conferencia de Paz de Madrid en 1991, como los acuerdos de Oslo de 1993, no

hubieran sido posibles sin la Guerra del Golfo y la Intifada Palestina. Pero el conflicto israelí-palestino es sui generis. Existe un bloqueo de daño mutuo para las partes, pero o no es lo suficientemente dañino para llevarles a asumir los compromisos inevitables, o la dura naturaleza de los temas a debatir es tal que las partes siguen aún afincados en principios inamovibles prefiriendo el elevado coste del conflicto al doloroso coste de las concesiones en temas tan vitales para su identidad nacional como son Jerusalén y la cuestión de los refugiados.

Es triste, pero conflictos internos que acaban por una victoria militar aplastante no invitan a acuerdos diplomáticos. La derrota militar de los republicanos en la Guerra Civil española, es un ejemplo. Y el hecho de que Chechenia, Biafra y Tíbet no sean hoy Estados independientes y no hayan dejado margen a la labor diplomática no tiene nada que ver con la cuestión de si el principio de autodeterminación es aplicable o no en estos casos, pero tiene todo que ver con su derrota militar. Por otra parte, Eritrea, Timor Oriental y gran parte de la antigua Yugoslavia consiguieron la independencia porque derrotaron o agotaron al ocupante o a sus rivales en la lucha por el control interno. Largos años de mediación y propuestas de paz en el conflicto de Sri Lanka, que incluyeron la intervención de observadores de paz indios en los años 1980s y una mediación persistente por parte de los noruegos, no consiguieron parar la guerra; y parece que es la actual ofensiva del ejército de aquel país la que está cerca de doblegar a los Tamiles.

Es necesario reconocer también qué pocas fueron las veces en las que la diplomacia consiguió evitar una guerra; y que sus mejores momentos llegaron después de ella, no antes. Posiblemente, el Congreso de Viena de 1815 sea uno de los ejercicios más brillantes de diplomacia post-bélica. El arquitecto de la Conferencia, Klemens Von Metternich, ha pasado a la historia como el diplomático por antonomasia, por su extraordinaria habilidad para reconciliar a la Europa post-napoleónica. Metternich no era un hombre de principios, era un diplomático que supo subordinar las aspiraciones grandilocuentes de los nacionalismos a la búsqueda de un orden internacional. Al restaurar la legitimidad monárquica y las antiguas fronteras nacionales, y al ignorar el auge de los nacionalismos, Metternich no respondió a categorías democráticas o a valores morales, sino más bien a la búsqueda de equilibrios razonables que dieron a Europa un siglo de paz, siempre relativa, hasta las guerras de los Balcanes de 1912, que desembocaron en la Primera Guerra Mundial. Los equilibrios logrados gracias a su arte de presión y diplomacia fueron definidos por Henry Kissinger -probablemente su mayor admirador y quien le dedicó su tesis doctoral- como un delicado balance entre intereses dispares. Metternich, escribía Kissinger, entendió que en una negociación la satisfacción absoluta de una de las partes nunca puede ser la base para un acuerdo, puesto que siempre será la insatisfacción absoluta de la otra parte, la cual se convertiría, en palabras de Kissinger, en un poder revolucionario cuyo único deseo sería quebrar el status-quo por la vía militar. Es ahí donde precisamente residió el gran logro de Metternich: evitar la creación de Estados revolucionarios que pudieran conducir a una nueva guerra.

La era del Congreso de Viena no fue la única en la que prevaleció un orden establecido por un juego diplomático más o menos sutil sacrificando en este caso el principio de autodeterminación.

Es casi como una ley natural, pues en cada siglo de la historia ha surgido algún poder central que reúne la capacidad, la voluntad y el empuje moral e intelectual para crear un sistema internacional, un orden mundial de acuerdo con sus valores. Grecia, Roma, España, Gran Bretaña y hoy, Estados Unidos, que reúne hoy. A pesar de su crisis, las tres condiciones para ser el líder moral (superioridad económica, hegemonía militar y capacidad de exportar su cultura popular), siempre que no se desvíe hacia senderos dudosos como ha sido el caso de la Administración Bush. El sistema americano persistirá siempre y cuando sea capaz de mantener su idealismo Wilsoniano sin caer en la soberbia. La diplomacia americana deberá volver a estar basada en ideales democráticos dirigidos a limitar el margen de acción de aquellos poderes que actúan sólo por su bien individual. Exportar valores democráticos y un sentido moral a la política internacional, ese es el sentido profundo de la hegemonía americana. Desviarse de él es la receta del declive.

Potencias, por poderosas que sean, están hoy obligadas a buscar compromisos con fuerzas sociales y religiosas que en el pasado eran el objeto de guerras sin cuartel. Y eso es así porque la era de las guerras inter-estatales, aunque nunca quedarán descartadas por completo, se va convirtiendo en anacronismo histórico. En gran medida gracias al arte de la diplomacia y el compromiso, la mayoría de los Estados están hoy delimitados por fronteras que generalmente se aceptan como legítimas, de tal forma que la guerra, en tanto rasgo fundamental de los conflictos internacionales, ha quedado obsoleta. La naturaleza cambiante del campo de batalla es otra razón de este adiós a las guerras del pasado. La simplista idea clausewitziana de que la acción militar termina conduciendo a la solución política ya no puede convencer a nadie. La «victoria» no conlleva la paz, sencillamente porque en las guerras asimétricas de hoy siempre habrá guerra después de la guerra. Está el caso de la famosa campaña de «conmoción y pavor» llevada a cabo por los Estados Unidos en Irak y por Israel contra Hamas en Gaza. La guerra después de la guerra persiste también en Afganistán, y en el Líbano. Las armas ya no resuelven nada, precisamente porque los Estados evitan la guerra y a quienes se enfrentan es a agentes no estatales para quienes el concepto tradicional de disuasión militar es simplemente inválido.

Las guerras de Estados Unidos en Irak y Afganistán, y las de Israel en Gaza y Líbano muestran los límites de lo que puede alcanzar la fuerza militar, y confirman asimismo la necesidad de la labor diplomática. Cuando se trata de resolver conflictos políticos y culturales no cabe victoria militar, y siempre será más importante forjar alianzas internacionales o regionales a favor de un compromiso pacífico. Dicho esto, sería peligrosamente ingenuo afirmar que es innecesaria la capacidad de intimidación. Lo decía el insigne académico y diplomático británico Robert Cooper:

«En definitiva existen dos fuentes de poder: la fuerza y la legitimidad. La gente normalmente obedece por miedo o por respeto a la autoridad. La civilización y el orden requieren poner la fuerza al servicio de la autoridad legítima...fuerza sin legitimidad sólo crea caos; legitimidad sin fuerza sería derrotada»

La primera guerra del siglo XXI - tal y cómo definió el presidente Bush la «Guerra contra el Terrorismo Global» - y la guerra de Irak, han ilustrado los dilemas centrales de esta nueva era. Hemos

pasado del «balance of power» cuya justificación era la defensa de Occidente contra el «imperio del mal» soviético, a una profunda división en el seno del propio Occidente en torno a la legitimidad del uso de la fuerza por parte de los Estados Unidos. La «legitimidad internacional» y su definición se ha convertido en el tema central de las relaciones internacionales. Hemos vuelto a un viejo concepto que Metternich convirtió en el Congreso de Viena en el instrumento central para evitar el resurgimiento de una hegemonía militar Bonapartista, el concepto de legitimidad, que él consideró emanaba de las casas reales tradicionales de Europa, al que añadió el del Concierto de Europa, el consenso entre las potencias europeas.

Pero, en todo caso, los objetivos a los que se dirige el uso de la fuerza han de ir siempre unidos al reconocimiento de que en los conflictos asimétricos de hoy, la victoria ya no se consigue en el campo de batalla. No se trata ya de la destrucción total del enemigo en nombre de valores Occidentales, sino más bien de políticas y acciones diplomáticas encaminadas a disipar la incertidumbre y la angustia real de unas civilizaciones en crisis como la única forma de producir resultados sostenibles.

Curiosamente, la diplomacia en estos tiempos de guerras asimétricas se ha integrado en el propio campo de batalla como eje central, puesto que está claro que en este tipo de guerras la capacidad de combate pierde relevancia en beneficio del componente civil. Para ganar la contienda, más que territorio los ejércitos están llamados a conquistar el apoyo de la población civil, por lo cual la reconstrucción, la asistencia a las estructuras política y social y la ayuda humanitaria se han convertido en la herramienta esencial para ganar la guerra; tal y como lo comprenden hoy los americanos tanto en Irak como en Afganistán.

La capacitación profesional de los ejércitos reconvertidos para la paz debe desde ahora incluir el aprendizaje de culturas y lenguas extranjeras, y el conocimiento de técnicas de mediación. El jefe y sus tropas asumen la tarea del mediador y del facilitador, en suma del diplomático.

Si no por convicción, sí por falta de alternativas reales dada la inutilidad de la guerra asimétrica, tal y como se probó en las guerras del Líbano contra Hizballah, y la de Gaza contra Hamas, es necesario que tanto Israel como la comunidad internacional hagan por fin uso del último recurso: la diplomacia y el reconocimiento. En vez de centrarse en principios categóricos y en la meta irrealista de derrocar a Hamas, Israel debe pensar en cómo rescatar el moribundo proceso de paz y, con él, la última oportunidad de salvar la solución de dos Estados sin la cual el Estado de Israel corre el riesgo mortal de diluirse en un Estado binacional.

El paso a una etapa diplomática es inevitable por necesidad, por la simple razón de que comprometer al Islam político, sea este el régimen de los Mullahs en Teherán, Hizballah en el Líbano, o Hamas en Gaza, es el meollo de cualquier estrategia de paz regional. En lugar de adherir a las profecías catastrofistas o a categóricas negaciones que impiden una comprensión de la compleja estructura de los movimientos islamistas, Occidente necesita lanzar una política de diálogo con estas entidades. Es la única vía de salvar sus intereses vitales.

Un Islam que decide entrar en el juego político puede que siga siendo radical, pero no por eso será necesariamente irracional. Como decía mas arriba, la política, como la diplomacia, es el espacio de lo posible y de lo negociable, no el espacio de la derrota o la victoria final, y tampoco es el espacio al cual se viene para imponer verdades eternas. La única manera de apartar estos movimientos de la política revolucionaria pasa por atraerlos hacia un espacio político y diplomático legítimo. Por lo cual, es preciso tratar con fuerzas revolucionarias como Irán y Siria; respetar, no aislar, a los movimientos islámicos que han abandonado el Jihadismo para optar por la vía política y diplomática.

Ahora, eso si, la diplomacia de una nación no puede estar desligada de sus ideales y principios domésticos, de la base social imprescindible para toda política exterior. El Presidente Aznar en España podría haber tenido, o no, razón estratégica de adherirse a la guerra de Irak. Sus consideraciones respondían a su criterio sobre el bien de España, su status internacional y otras valoraciones perfectamente legítimas. Pero fue una aventura que fracasó políticamente porque carecía de base doméstica, no respondía al sentimiento general del país, y a la mentalidad profundamente pacifista de la sociedad española. La política exterior no se puede hacer a espaldas de la nación, ciertamente no en un sistema democrático.

Y, pasando a otro ejemplo, la decisión de Itshak Rabin de reconocer a la OLP fue desde luego un momento dramático, pero se llevó a cabo en un momento en el que la sociedad estaba perfectamente madura para asumirlo. En absoluto fue un paso en el vacío. Y efectivamente, los grandes puntos de inflexión en la historia se producen cuando se reúnen dos condiciones: cierta madurez social a alejarse de la rigidez de principios inamovibles y la existencia de un gran líder para explotarla a favor del gran cambio. Un líder con una sociedad que no ha madurado para el cambio puede estrellarse, y muchos cambios han quedado frustrados porque a pesar de la madurez de las sociedades en conflicto, ha faltado el líder que haga el salto histórico. En mi opinión, esa es hoy la razón que bloquea un compromiso histórico entre israelíes y palestinos.

El equilibrio entre política exterior e interior se requiere también para la reconciliación interna en sociedades en crisis o en transición. Equilibrios razonables – el arte de la diplomacia – es también lo que Europa necesita recuperar para enfrentarse a los graves desafíos que le presenta la inmigración musulmana en su seno. En la búsqueda de una respuesta al desafío interno que representan las comunidades musulmanas al interior de las sociedades occidentales, es necesario asumir que la profundización del proceso democrático no pasa por una mayor homogeneización tal y como puede deducirse a primera vista de los postulados esenciales de la sociedad global. Esa profundización pasa por la solución de lo que Jurgen Habermas definió como «la crisis de legitimación» de Occidente. Eso significa, en definitiva, reconciliar lo que Edmund Burke llamaba en sus «Reflexiones sobre la Revolución francesa» como «las posadas y lugares de descanso del espíritu humano» (la vida cotidiana, los vínculos étnicos religiosos y comunitarios) con la burocracia distante y sus supuestos valores universales.

No puede haber duda en torno a dos postulados. El uno es que toda hegemonía cultural y de civilización a través de la historia fue siempre sostenida por el poder militar y económico. Y el segundo es que el concepto euro-liberal o judeo-cristiano del fin de la historia es la expresión de una soberbia infinita, la declaración de una victoria total e indiscutible sobre toda otra cultura y civilización. Es esta declaración de hegemonía político-cultural por parte de Occidente, esta actitud condescendiente hacia las culturas derrotadas y marginadas por el auge imparable de la cultura occidental globalizadora – el Islam, por ejemplo – la que puede ayudarnos a mejor entender la crisis de nuestros tiempos cuyos reflejos más tristes son Bin Laden, el Binladenismo y la guerra de Irak.

Principios e intereses. Ahí está también el caso colombiano. La Justicia es un principio noble, la base de una sociedad civilizada. Pero, no siempre esta es compatible con la paz, y de hecho frecuentemente la búsqueda de la justicia total e incondicional puede ser un obstáculo a la paz. El caso de la tragedia palestina lo prueba. Un movimiento nacional, el palestino, que arrastra un ethos de injusticia casi cósmica se ve constantemente alejado de la solución política a su pleito dado que ningún acuerdo de paz podrá hacer plena justicia a un pueblo de desheredados.

Volvamos a Colombia. Hay que reconocer que el proceso colombiano se está llevando a cabo en condiciones muy distintas a aquellas que existían cuando se produjeron otros procesos de paz y reconciliación en América Latina. La caída de las dictaduras militares y el fin de las guerras civiles en América Latina se produjeron en un contexto internacional considerablemente distinto. Lo cual facilitó que aquellos procesos hayan sido basados en la impunidad. Si no fuera por aquella impunidad no es improbable que deponer a Pinochet hubiera costado miles de vidas. Es también probable que la guerra civil en Guatemala y El Salvador se hubiera prolongado por años si fuera necesario aplicar los estándares de justicia que hoy exige la comunidad internacional. La transición española a la democracia es también un caso a mencionar. Fue el pacto del olvido y el perdón que facilitó la integración de la práctica totalidad de la sociedad española al gran proceso democrático.

No obstante, los casos españoles, argentino y chileno nos enseñan una lección interesante. El perdón y el olvido que se imponen al momento de cerrar la paz resulta al final un ejercicio temporal, resultado de una necesidad ineludible. A lo largo de los años, las sociedades, ya en condiciones de paz, se despiertan a la obligación moral, histórica y cívica de exigir cuentas a los criminales. Allí está el caso de Argentina donde se ha puesto fin a los acuerdos de «punto final», y allí está el caso chileno donde se exigió años más tarde al ex dictador dar cuentas por algunos, eso sí no todos, de sus crímenes. España por su parte es hoy testigo de un despertar de la memoria histórica en torno a los crímenes del franquismo. Puede que este tenga que ser también el caso de Colombia. Es para los colombianos decidir si efectivamente esta hoy la sociedad colombiana madura para enfrentarse a la verdad, a toda la verdad.

Es también necesario recordar que el proceso colombiano se lleva a cabo en medio de una guerra y cuando los rebeldes no han sido aun derrotados. Ese no fue el caso de los conflictos y procesos mencionados. Una cosa es imponer criterios de verdad, justicia y reparación para enfrentarse a

problemas del pasado, y otra cosa es hacer lo mismo cuando los grupos armados siguen tan fuertes y desafiantes como siempre.

Es verdad que en una era en la que todo y todos son juzgables, la era del derecho universal, de la Corte Penal, del poder creciente de las ONG's no es posible para un gobierno defenderse de los desafíos que se le presentan sin el respeto a normas internacionales y al Derecho Internacional Humanitario. Pero, al mismo tiempo, la Resolución de conflictos – se le defina o no al caso colombiano como conflicto armado – es una empresa de equilibrios. Todo intento de resolver el conflicto a través de la aplicación total y absoluta de la justicia puede resultar en que los rebeldes prefieran seguir viviendo al margen de la ley en una mentalidad de guerra permanente. Pero, de la misma manera es inconcebible e inadmisible construir la paz sobre el olvido total, la impunidad y la mentira. Allí está el dilema que nos obliga a buscar un equilibrio legítimo entre justicia y paz. La difícil cuadratura del círculo requiere contextualizar la aplicación de la justicia, reconocer el marco político del debate sobre justicia y paz, no solamente su marco jurídico. Se trata de una solución política, un gran pacto nacional de democracia y solidaridad. El marco jurídico tendrá que ser valorado como parte de una estrategia de solución comprendida la negociación, que de por sí requiere un compromiso. La paz requiere pagar un precio, incluso sacrificar principios sagrados de verdad y justicia, que no es nunca fácil de digerir por parte de la sociedad civil.

La sociedad civil podrá acoplarse al alto precio que exige la paz, si ésta se hace a través de un proceso transparentemente democrático, que sea atento a objetivos de justicia social, desarrollo, reparación y, más que nada, garantías de finalidad del conflicto, de no repetición y de desmantelamiento completo de estructuras, aparatos de violencia y redes de soporte, incluidas aquellas que emanan del propio Estado.

La paz para ser duradera debe concebirse como un instrumento y un objetivo a través del cual se conseguirá la plena democratización del Estado. Como si de un cáncer se tratara, no sirve sólo arrancar el tumor que representa la actividad terrorista y paramilitar, es necesario también introducir dosis de quimioterapia allá donde se han creado extensiones. Si no es así, el tumor volverá a reaparecer.

El conflicto colombiano es un conflicto global – su vertiente militar es sólo una de sus más graves dimensiones – que requiere una solución global por lo cual medidas aisladas le podrán sólo reducir temporalmente, no eliminarlo definitivamente. En un conflicto caracterizado por la existencia de potentes ideologías de violencia, que institucionalizan a la guerra como *modus vivendi*, por entramados de producción y tráfico de drogas, comercio ilícito de armas y por la penetración en las estructuras estatales, la solución no puede más que ser integral y multidimensional. Debe tratar también de una gran estrategia nacional que incluya desarrollo económico, seguridad ciudadana, reintegración socio-económica, reconciliación y justicia. La globalidad de la solución significa que el Estado colombiano, de hecho ningún Estado, no podrá hacerlo todo solo; requerirá la asistencia de una Alianza Internacional. Ésta puede ayudar en asistencia financiera, en la puesta en marcha de paquetes de reintegración socio-económica de los desmovilizados, en amplias campañas de mentalización ciudadana y en el despliegue de esquemas de monitoreo.

La solución del conflicto requiere pensar en su prevención futura. No hay «conflict resolution» sin «conflict prevention». Y en este contexto, el éxito de la reintegración de los desmovilizados es vital. Visto de otra perspectiva: Debe el debate centrarse en las penas a los desmovilizados, que sin duda son inadecuadas, o en las perspectivas de paz y el fin de la violencia. A las víctimas del pasado parece que no se les hará plena justicia. Pero, ¿será este proceso y este sacrificio que se exige a la sociedad colombiana capaz de proteger a las potenciales víctimas del futuro? En mi opinión es en la preocupación por esas víctimas del futuro que tiene que estar el centro de nuestra preocupación. El castigo a los criminales es muy importante, ¿pero lo es más que la protección a los civiles inocentes que en el caso de una penalidad más ajustada a las normas internacionales estarían expuestas a la violencia de unas milicias armadas que de ningún modo aceptarían ser desmovilizados? La cuestión principal es pues si a raíz de esta ley. La Ley de Justicia y Paz, y de este proceso de paz quedara desmontado definitivamente el paramilitarismo en Colombia.

El posconflicto es el meollo de la cuestión. Mucho depende del compromiso del gobierno y del sistema judicial para poner en práctica la ley. Por ejemplo, la ley hace grandes promesas en materia de reparación, que difícilmente podrán ser cumplidas. Mucho depende de la presión ciudadana y de la continua movilización de las víctimas para vigilar que la ley se cumpla.

El éxito del posconflicto dependerá en gran medida de la reinserción de los desmovilizados. La reintegración será siempre un proceso largo cuyos resultados no son susceptibles a una fácil valoración. La reintegración requiere crecimiento económico, la puesta en marcha de proyectos que generan ingresos, planes de educación y capacitación profesional, la preparación de las comunidades que deben absorber a los desmovilizados. Toda esta titánica labor requiere una gran asistencia por parte de la comunidad internacional, y la comunidad internacional dará su apoyo sólo si el proceso se lleva desde el respeto a normas fundamentales del Derecho Internacional.

¿Es posible una verdad absoluta, o sea una confesión total que podría llevar a que esferas bajas y altas del poder político y militar sean expuestas como cómplices de la tragedia? Es desde luego deseable. En Sudáfrica eso se consiguió. Podría ser un terremoto. Pero aquel que piensa que existe paz sin agonía y sufrimiento se equivoca. La catarsis y el trauma nacional son frecuentemente el único camino hacia una nueva realidad de paz y convivencia democrática. Ése será uno de los mayores exámenes. En definitiva, no existe un modelo único para procesos de paz y reconciliación. Cada sociedad tiene que buscar lo que mejor se adapte a sus circunstancias.

Nunca será fácil asumirlo, pero la paz a través de la cual se intentan salvar vidas, requiere una dosis de compromiso, una medida de flexibilidad que crea un equilibrio entre justicia y paz; en definitiva la contextualización de la justicia.

El gran objetivo de dismantelar el aparato paramilitar, y desde luego también el de las FARC, y cortar la cuerda umbilical que le une con el narcotráfico y así desencadenar la definitiva solución del conflicto armado interno no se conseguirá sin que la justicia sea relativa. Si es total y absoluta,

habrá justicia pero no habrá paz y la ruina de esta admirable sociedad seguirá imparable. Un proceso de paz no es nunca un espacio de reflexión altruista; es mas bien el difícil resultado de un balance de poder e intimidación. Y es necesario reconocer, que en el caso colombiano, los rebeldes no han sido derrotados, y a pesar de los logros conseguidos hasta hoy por el gobierno del Presidente Uribe, llegan a la mesa de negociación con su capacidad militar y política aun en niveles muy altos. En todo caso, la paz no es una búsqueda de justicia absoluta, es la búsqueda de estabilidad, eso sí con una base moral y ampliamente democrática, es el afán de vivir sin el temor del terror, de la masacre diaria y de la desintegración del Estado y la sociedad. Nuestros mandatarios tienen una responsabilidad titánica. Si se ven presionados por un absolutismo jurídico internacional, quedará mermada su capacidad de acción y la paz difícilmente llegará. Al mismo tiempo el mandatario tiene que ser consciente de que una paz de elites no consensuada y no legitimada por las sensibilidades de la sociedad, por la vocación democrática de sus instituciones y por los imperativos mínimos de justicia, no prevalecerá. El soberano, al fin y al cabo, es el pueblo colombiano a través de sus instituciones, no las instancias internacionales.

Liderar un país en tiempos de guerra es siempre más fácil que hacerlo en la transición a la paz. En tiempos de guerra, el líder suele tener detrás una sociedad unida. La guerra une y la paz divide, por lo cual el desafío de liderazgo es mayor en tiempos de cambio y búsqueda de la paz. No en vano, la Biblia exigía coraje para hacer la paz, menos para la guerra:

*«Dios dará coraje a su pueblo, Dios bendecirá a su pueblo con la paz».*